

VARIEDADES

Palabras merecedoras del bronce.

Bellas, consoladoras e ilustrativas páginas...; bellas y comunicativas... Libro verdaderamente cristiano; ¿por qué?: porque no fué sentido y pensado contra nadie. Según este criterio son innumerables los libros que, sin embargo de su contenido inmoral, deben llamarse cristianos.

Mas pasemos adelante, que va resultando interesante la loa. *Libro profundamente sincero, además de profundamente pensado y no mero breviario de retórica superficial y farisaica, como otros que, tal vez por eso mismo (tanto se ignora a Cristo y se le adultera): buen testigo de lo último el autor del libro así tan hinchadamente celebrado, y de lo primero, el escritor que lo celebra, teniendo por el Cristo auténtico, histórico y real el Cristo que allí se nos ofrece.* Y termina la frase: *como otros... que se abren camino y van lejos.* Pero yo no sé cómo se haya de quedar atrás éste, dado que se realice lo que prevé él con seguridad; pues, *costándole creer que no haya sido ya traducido al francés o al inglés, estoy seguro, dice, que escrito originalmente en cualquiera de esas lenguas imperiales (¿por dónde tanta nobleza?) ya andaría corriendo mundo a estas horas en centenares de miles de ejemplares.* Es propio del entusiasmo ditirámico inspirar generosidad y optimismo y...

Palabras, comparables por su desorden y abundancia al otoñal serojo de las selvas. Porque prosigue aún: *Libro más que ningún otro oportuno en esta edad confusa en que la razón, aunque desacreditada ya por su estruendosa y contundente bancarrota moral, sigue sin embargo asfixiando a la fe (la razón no asfixia a la fe, el abuso de la razón, tal vez), madre de la calmante revelación: calmante, si es abrazada y seguida con corazón humilde, y, en cuanto a la fe, no madre de la revelación, sino la revelación, cuando más, madre de la fe, toda vez que la precede y es su ocasión y objeto.*

¿Qué más?, porque es cierto que aún no nos ha dicho el señor Agostinho de Campos todo lo que siente acerca del *Cristo invisible*, que Ricardo Rojas ha escrito y compilado, antes no ha hecho sino preparar los oídos del lector, para que, sin caerse de espaldas, reciba la estruendosa salva de cien cañones que dispara en honor de su elogiado, diciendo, como en resumen y contrapunto, de esta manera: *Grande honor debe ser para la patria argentina, tan próspera y progresiva en riquezas mundanas (mundanas en lugar de materiales?; parece ser), tan preparada ya para marcar entre las naciones más antiguas su propio sello moral (¿luego no lo ha marcado todavía?), haber dado vida al autor de esta serena efusión*

idealista (entiéndase fantástica), por medio de la cual me parece que la América del Sur sale de sí misma (como quien dice de mantillas) y entra moralmente en el mundo (¿hasta la hora presente fuera de él?): y ¿dónde estaría?) Pero en fin, hela aquí a la nobilísima matrona que, conducida por la hidalga y poderosa mano de don Ricardo Rojas y, abriéndole la puerta con la mágica llave de oro de su Cristo invisible, hace su triunfal entrada y nada menos que ofreciendo a los hombres cultos de todas las lenguas y patrias un puente que los convida y ha de llevar a muchos de ellos por la cultura, ya que, por desgracia, les están vedados los caminos del candor... Y me cuesta creer, etc.

Verdaderamente también a mí me cuesta creer que de este modo escriba quien hace profesión de literato y que *La Nación* no se ruborice de estampar en su sección literaria de los domingos (V. dom. 19 de agosto de 1928) artículo de ese porte y jaez.

En cuanto al señor Rector de nuestra Universidad, no sé qué habrá juzgado de los precedentes párrafos, bien que, al fin como de alabanza, me inclino a pensar no los ha leído con ojo airado, si los leyó; porque en este punto tales somos los hombres que, aun lo insípido hallamos gustoso y el mismo rejalgar se nos antoja dulcísima y saludable miel. Pero de una cosa no dudo y es que toda impresión agradable hubo de trocársele en otra contraria cuando, pasando adelante en su lectura, tropezó con esta cláusula: *Los teólogos católicos podrán hallar qué decir, contestar o reprobear en el libro del señor Ricardo Rojas, pero ningún católico puro*, (esto es, no *superficial*, como se deduce de la frase que sigue inmediatamente) *lo leerá sin gran provecho.*

Cerremos los ojos a la contradicción que envuelven estas dos ideas: provechoso para un católico y reprobado por un teólogo católico, y abrámoslos tan sólo para reparar en la que existe entre los hiperbólicos encomios, propinados al libro, y ese afirmar que hay en él *qué decir, contestar o reprobear* a juicio de los teólogos; porque no puede negarse que la frase, en sí considerada, revela ser tal la opinión del articulista. Lo cual supuesto, dígaseme ¿qué contento puede despertar en el ánimo del autor tan extraordinario elogio, si en pos de él viene reconocida por quien lo da, la justicia de un fallo condenatorio por los teólogos católicos? Pues ¿quién mejor que ellos ha de poder formularlo sobre un libro, cuyo asunto es Jesucristo? ¿Qué digo mejor? ¿Quién, sino ellos? ¿Cómo, si ellos lo rechazan, deberá ser traducido y divulgado, ni aun leído ni guardado?... ¡Graciosísima manera de terminar una loa! ¡Oh lógica! ¡Oh culta razón! ¡Cuánta falta hacéis a la mayoría de los escritores de nuestros tiempos! Por algo los habrá calificado arriba nuestro mismo preclaro escritor, de *edad confusa y de la razón desacreditada.* De acuerdo.

*
**

Lo cual, sin embargo, no impide que, después de haber henchido de aire la trompa épica, cantando a don Ricardo, se nos ponga muy filosófico y

lamentoso a inquirir las pruebas de una religiosidad superficial y engañosa que observa a su alrededor y anuncia con este encabezamiento de su escrito: *Sobre la irreligiosidad actual*. En esta segunda parte adviértese en él un singular contraste respecto de la primera. Allí afectado; aquí sincero: allí mal avenido con un Cristo que no sea el de Rojas; aquí tan enamorado, en cambio, que sorprende y recrea ver el ardor con que se muestra solícito por que aumente en número y calidad sus ministros, los sacerdotes. Léase en evidencia de ello lo que a continuación copiamos, dirigido a las *mujeres de la burguesía o de la llamada «alta sociedad»*, mientras las tacha de superficialmente religiosas, aunque *rezan, creen y practican*, pues *no quieren o por lo menos no se disponen a darle a Dios lo mejor que tienen, quiero decir: sus hijos*.

Dice así: *Si fuesen profundamente religiosas, adivinarían luego que nada se hace ni se hará nunca, en este mundo, de bello y grande sin el concurso de una aristocracia intelectual o moral, abnegada y activa; que el clero más que ninguna otra clase requiere una selección elevada, que ninguna carrera es tan noble y que no existe misión más sublime que la del ministro de Dios que lo sabe ser; y que nuestra obligación religiosa es devolverle a Dios aquello que El nos dió de mejor. ¡Magnífico! ¡Non potest melius, exclamaré con Tulio! ¿Quién no convendrá conmigo que según dejé asentado al principio, merece esta cláusula los honores de los siglos, grabada con letras de oro en eterno bronce?*

Pero, porque un promovedor perfecto de vocaciones eclesiásticas tampoco se improvisa, nos permitirá el señor Agostinho de Campos, que también en este lugar hagamos una observación a su trabajo. En efecto, si esa *aristocracia intelectual o moral*, de la que con tanta propiedad se asegura que ha de ser *abnegada y activa*, se exige, para que se haga algo *grande y bello* por parte del clero, el que a la vez sea aristocracia de sangre o elevación social, cuando menos; a cualquiera se le alcanza que hay falsedad en la sentencia. Los mismos fundadores de la Iglesia no fueron tomados sino de entre la clase del pueblo: pescadores y alcabaleros. Y, mirando hacia las cumbres de la ya perfecta jerarquía eclesiástica, ¿quién descubrirá la ahumada cuna de labriego de los Peretti y de los Ghisleri en los Pontífices Sixto V y Pío V, o a quién estorbará para estimar la grandiosa y bellísima obra de sus pontificados? ¿Quién, a pesar de esa otra dorada de los Borja y de los Medici, no echará de ver que palidece algún tanto en las personas de Alejandro VI y León X el nativo resplandor de la Silla Apostólica?

Distingamos, pues, en el cuadro el marco y el lienzo. Este ningún valor intrínseco recibe de aquél, o le pierde por su causa. Así y todo, confieso de buen grado que lo realza. Con mayor propiedad, empero, diremos que el carácter sacerdotal engrandece al individuo, que no, que el individuo engrandece el carácter sacerdotal. A que mantenga éste su grandeza propia contribuirán con algo peculiar ambos candidatos: el de clase distinguida y el de clase humilde. El uno, llevando a él la disposición de resisten-

cia y abnegación en el trabajo, que suele engendrar la pobreza, y el otro, comunicándole su delicado matiz de distinción, que agrada y de que se paga el mundo. El número de los escogidos de ambas a dos clases, a Dios cumple señalarlo, que es el autor de la honrosa vocación al sacerdocio; así como, ayudando El, poner en cada cual lo que faltare de las dichas cualidades, es deber y empeño de los que intervienen en la formación del seminarista.

En segundo lugar, si con las palabras *aristocracia intelectual y moral* se expresa que el ministerio sagrado requiere sujetos de sobresaliente formación literaria y científica, juntamente con un grado de virtud aventajado, habrá verdad en ellas. Precisamente porque de esta manera conviene que sea el sacerdote, esto es, docto y santo, despliega tanto celo la Iglesia en orden a que resulte ser una consoladora realidad semejante conveniencia, una vez terminados los doce años o más de serios estudios y ejercicio constante de virtuosa vida en el seminario.

Y entonces, supuesto que ha recibido la tal preparación, ¿qué le hace que proceda de él la *gente pobre del campo*? No, no *bajará* por esto el *nivel mental y moral del clero*, ni su *propia autoridad sobre las otras clases*, ni sus *propios prestigios sociales*.

No obstante de lo cual, ayúdenos *La Nación*, y en ello no hará sino mostrarse consecuente con su plañidero artículo, a obtener que asimismo vengan de las clases afortunadas a llamar a las puertas del santuario, aspirantes egregiamente dispuestos; haciendo para esto que las *madres aristocráticas y cultas* cobren gran estima de esta *misión del ministro de Dios*, la más sublime cuando lo sabe ser.

Y al intento no será mucho lo que le exijamos; ya que bastaría una cooperación negativa, no incluyendo en sus hojas diarias, en el suplemento dominical, en la sección ilustrada, artículo, noticia, relato, anuncio o grabado, que por su mundanalidad o licencia, tienda a introducir y conservar en los hogares el materialismo, la indiferencia religiosa y la pasión por el lujo y el deleite. Sin lo cual tenga por dolorosamente cierto que las madres seguirán agostando en flor las vocaciones eclesiásticas de sus hijos y *echándose a reir el día en que uno de ellos les dijese: «Quiero ser sacerdote»*, del propio modo que nosotros, echando a obra de gazmoñería el inesperado interés clerical de *La Nación*.

JUAN PLANELLA, S. J.

Congreso Mariano Hispanoamericano de Sevilla. A los católicos españoles, portugueses e hispanoamericanos.

«Poseída de fraternal confianza y animada de religioso entusiasmo, se dirige a los católicos de España, Portugal e Hispanoamérica la Junta local organizadora del Congreso Mariano Hispanoamericano, que, Dios mediante, se ha de celebrar en Sevilla en el próximo año, desde el miércoles 15 de mayo al domingo 19 del mismo mes, para invitarnos a prepa-

rarlo ahora y a celebrarlo después con todo el esplendor y magnificencia que de consuno reclaman la naturaleza y carácter del Congreso y la solemne ocasión en que va a realizarse.

»Sevilla, la gran metrópoli andaluza, en nombre de toda España, con su mágica Exposición Iberoamericana, va a mostrar a toda nuestra raza un cuadro grandioso que refleje de la manera más fiel, al par que sugestiva y atrayente, el conjunto de nuestros valores materiales y, sobre todo, morales; es decir, la altura inmensa de nuestra cultura y civilización. En ella serán representadas de la manera más cumplida y genuina las Bellas Artes, la Literatura, las Ciencias, la Industria y el Comercio; todas las diversas manifestaciones, en una palabra, del saber y del poder de nuestra raza. Mas, por lo mismo, tampoco faltará, antes, al contrario, ha de ser precisamente —¿cómo no?— una de nuestras principales características, la demostración de nuestra vitalidad religiosa, de nuestro catolicismo, y —¿por qué no decirlo?— de nuestro intenso amor a la excelsa Madre de Dios y Madre nuestra; a la impulsora y protectora constante de nuestras grandes empresas; a la Soberana de cielos y tierra; a Nuestra Señora la Santísima, la Inmaculada Virgen María.

»No faltará, no —¿cómo había de faltar?, en la Exposición Iberoamericana esta nota simpática, altamente educadora y civilizadora, que por sí sola recopilará todas las otras manifestaciones: las de nuestras Artes, las de nuestras Ciencias, de nuestra Literatura y de toda nuestra Historia. Muy oportunamente nos lo asegura ya la hermosa carta pastoral de nuestro eminentísimo y reverendísimo señor presidente, quien en elocuentes párrafos, que respiran un ardiente amor a la Santísima Virgen María, al par que un decidido y fervoroso entusiasmo por los intereses de la Iglesia en general, y en particular de Sevilla, de España y de nuestra raza hispanoamericana, quiere cooperar al mayor realce de la Exposición Iberoamericana, convocando, después de obtenida ya la aprobación explícita y calurosa de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI, un Congreso Mariano, acontecimiento que ha de causar regocijo grande, que proporcionará gozo indecible al cielo y a la tierra.

»Por ello, la Junta local organizadora del mencionado Congreso experimenta hoy una complacencia y alegría intensas al poder dirigirse a todos sus hermanos de raza y de religión los españoles, portugueses e hispanoamericanos, saludarlos fraternalmente e invitarlos a una mutua cooperación para contribuir en la medida de nuestras fuerzas al mayor éxito de tan hermoso Congreso.

»¿Quién no habrá de sentir la más entusiasta simpatía por este magno acontecimiento, por este Congreso que en circunstancias tan oportunas habrá de celebrarse en la sin par Sevilla y en honor de la Inmaculada Virgen María?

»En todo tiempo se ha venido experimentando en los diversos pueblos de nuestra raza una noble emulación para honrar más y más a la Santísima Virgen María, ensalzar sus singulares privilegios, proclamar su valioso

patrocinio según sus múltiples advocaciones, y acrecentar constantemente la devoción a tan dulce Madre y Señora. Testigos de ello, los múltiples santuarios, imágenes, cofradías y otras asociaciones religiosas; testigos, las admirables obras de arte que se le dedicaron; testigos, los hermosos cultos que por doquier y hasta el presente se le han venido consagrando. ¿Quién podrá dudar de los heroicos esfuerzos en este sentido por todos realizados con la unánime aspiración de llevarse en ello la palma? Todo esto ha de comprobarse en el Congreso.

»Venid, pues, a Sevilla. Juntos ensalzaremos nuestras glorias marianas. Las Vírgenes pintadas por Murillo, las de Zurbarán, Alonso Cano, Pacheco, Roelas y Valdés Leal; las esculturales de Martínez Montañés, La Roldana y otros eximios artistas sevillanos, evocarán en todos los más gratos recuerdos y las más dulces emociones. ¿Y qué decir de la gran Exposición Diocesana Mariana que, como brillante número del Congreso, se prepara? ¿Qué de la procesión solemne que habrá de verificarse con imágenes, estandartes y otros símbolos marianos que nuestros antepasados veneraron ya en Sevilla en la época del descubrimiento de las Américas, durante los siglos XV y XVI?

»Sevilla fué siempre grande, siempre bella; y amando la hermosura y la belleza, no pudo por menos que amar siempre a María.

»¡Venid, pues a Sevilla! En su majestuoso templo catedral, preciosa joya arquitectónica, se encuentra, junto a la tumba de Colón, la primitiva imagen de Nuestra Señora de la Antigua, y junto al sepulcro de San Fernando, la de Nuestra Señora de los Reyes y la Virgen de las Batallas... ¡Venid, pues, a Sevilla, que está toda ella sembrada de recuerdos históricos y marianos! ¡Venid a contemplar las bellezas de Sevilla, las de su suelo, las de su cielo, reflejo siempre de las bellezas de María! ¡Venid a respirar su ambiente, saturado con el perfume de María!

»Juntamente con esta alocución, se publican, para que lleguen a conocimiento de todos, las instrucciones necesarias sobre las diversas clases de socios congresistas, las Secciones en que se dividen los trabajos del Congreso, el cuestionario de los temas para las Memorias o trabajos literarios objeto de la deliberación del mismo. Se publicarán asimismo con la mayor difusión y a su debido tiempo el programa completo de todos los actos que hayan de celebrarse, amén de otras noticias referentes a los precios de billetes por mar y por ferrocarril, hospedajes y otros datos interesantes para un cómodo viaje y una grata estancia en Sevilla. Para recibir todas las referencias e informaciones necesarias, pueden dirigirse cuantos lo deseen, bien a las Juntas diocesanas que se constituirán, bien a la Secretaría general del Congreso, que tiene establecidas sus oficinas en el palacio arzobispal de Sevilla.

»¡Católicos españoles, católicos portugueses y católicos hispanoamericanos! Acudamos con entusiasmo, bajo la dirección de nuestros reverendísimos preladados, al Congreso Mariano Hispanoamericano; obsequiemos en la medida de nuestras fuerzas a nuestra Inmaculada Madre y

Señora, tomando parte activa en este Congreso, inscribiéndonos desde luego en alguna de las clases de socios, cooperando, a ser posible, con nuestra pluma en el desarrollo de los temas que se señalan; cooperando también con la propaganda oral y escrita que esté en nuestras facultades y, finalmente, viniendo personalmente al Congreso. Y cuando esto no pudiéramos, adhiriéndonos espiritualmente y elevando nuestras plegarias al cielo para que todo se realice con el mayor esplendor a honra y gloria de María.

»¡Católicos españoles, portugueses e hispanoamericanos! ¡Venid a Sevilla! Nunca tan oportunamente como entonces podréis presenciar una maravilla dentro de otra maravilla. Nunca como entonces podrá llamarse Sevilla la ciudad de la belleza, la ciudad de la gracia, la ciudad de María.

»Sevilla, 15 de mayo de 1928.

»*La Junta local organizadora.* — La Junta, formada por el eminentísimo señor Cardenal-Arzobispo de esta diócesis, los ocho señores presidentes de las respectivas Comisiones y por el secretario general, está constituida en la forma siguiente:

»Presidente: Eminentísimo y reverendísimo señor doctor don Eustaquio Ilundain y Esteban, Cardenal-Arzobispo de esta diócesis. — Presidente de la Comisión ejecutiva: Ilmo. señor doctor don Jerónimo Armario Rosado, canónigo, dignidad de tesorero de la S. I. Catedral de ésta y vicario general del Arzobispado. — Presidente de la Comisión de publicidad, propaganda e informaciones: Ilustrísimo señor doctor don Joaquín Hazañas y la Rúa, catedrático de esta Universidad Literaria. — Presidente de la Comisión de viajes: Excmo. señor don Carlos de la Lastra y Romero de Tejada, marqués de Torrenueva — Presidente de la Comisión de etiqueta: Excelentísimo señor don Pedro Armero y Manjón, conde de Bustillo. — Presidente de la Comisión de ornato y régimen de locales del Congreso: Excmo. señor don Aníbal González y Alvarez-Ossorio, arquitecto. — Presidente de la Comisión de culto: Excmo. señor don Luciano Rivas y Santiago, canónigo, dignidad de deán de esta S. M. y P. I. Catedral. — Presidente de la Comisión de arte para la Exposición y el Auto sacramental: Excelentísimo señor don Andrés Parladé y Heredia, conde de Aguiar y delegado regio de Bellas Artes. — Secretario general: señor doctor don José de Vides y Sacristán, párroco de la de San Pedro y San Juan Bautista de esta ciudad.»

Auras de vida.

El porvenir es de la juventud. Es ésa una frase que por lo vulgar ya ha perdido su gracia; y sin embargo sigue hoy tan verdadera como cuando se pronunció por primera vez. Por eso cuando rememoro lo que en Bolivia van haciendo los miembros de la Juventud Católica, no puedo menos de esperar días mejores para la república del Illimani. Tendría un gusto enorme en poner al corriente de las actividades de la joven asociación, a que me he referido, a los lectores de ESTUDIOS, pero la falta de algunos

datos me obliga a hacer un breve resumen de lo que han hecho en el presente curso esas valientes avanzadas de Cristo Rey.

Conferencias. — «Dulce et decorum est pro patria mori» dice el vate venusino. Por eso todas las naciones suelen para despertar en sus juventudes el amor a la patria y al heroísmo conmemorar a sus héroes, y Bolivia que tiene héroes en abundancia como: Abaroa que con un puñado de paisanos defendió contra los ejércitos de Chile el paso del Topater, los inmortales colorados del Alto de la Alianza, suele celebrar con conferencias patrióticas las conmemoraciones de sus héroes. Pues bien. La J. C. B. de La Paz, a la que únicamente me refiero aquí, por brevedad, ha dedicado varios de sus miembros a dar conferencias en los Colegios para enaltecer la memoria de los héroes y con éxito muy feliz.

Por los canillitas. — ¿Quién no se compadece de esos pobrecitos desheredados, que se desgañitan todo el día por lograr un pedazo de pan, que pueda acallar su hambre? Pero «obras son amores...» Pues bien, con obras ha mostrado la J. C. B. de La Paz su amor hacia esos pobrecitos. Con motivo de las fiestas Julias, en que se conmemora el grito de Murillo, se ha encargado la J. C. B. de proveer a los canillitas de pantalones-mandil y de gorras y además ha fundado un albergue para los «sin hogar» y una escuela en que éstos, a quienes alguno quizá se atreviese a llamar aprendices de carteristas, aprendan a ser ciudadanos útiles a la Patria y a la Religión. De esa escuela y de ese dormitorio, cuyo local ha sido generosamente cedido por la Comuna Paceña, se harán cargo las Madres Misioneras de la Cruzada Pontificia.

Por la prensa. — En Bolivia, por nuestros pecados, no había prensa católica, tan sólo la revistita del prebendado doctor Teodosio Sáenz «La Nueva Cátedra» representaba en la capital al periodismo católico; se imponía, pues, la fundación de algo más práctico y de más eficiencia. La J. C. B. ha proveído a esa necesidad con la fundación de la «Unión», que últimamente sale con el nombre evocador de «Juventud». Es el órgano de la J. C. B. y cuenta en su haber con algunas campañas coronadas por el más satisfactorio éxito. Una de las campañas más gloriosas de Juventud ha sido la sostenida contra M. Gehain, belga, Director General de Instrucción Pública, que no tiene nada de amigo de la Iglesia. Si no hubiera sido por las raíces que ese pobre señor tenía echadas, hubiera tenido que abandonar su trípode de sibila y los católicos hubieran dejado de temer sus arterías y manejos dirigidos a suprimir por de pronto la enseñanza de la Religión en las escuelas. «Juventud» hasta ahora no pasa de semanario, sale los lunes y es muy leída. Ojalá pronto pueda convertirse en diario.

Actividad literaria. — Además de las conferencias patrióticas han tenido los miembros de la J. C. B. varias veladas literarias y teatrales con el mejor éxito. En la dirección de las funciones teatrales se distinguen los señores Gustavo Tejada y Modesto Pinto, antiguos alumnos del Colegio de los Jesuitas, de La Paz.

Por el Sagrado Corazón. — En La Paz, desde hace unos tres meses se celebran romerías, cada mes, los primeros domingos al monumento al Sagrado Corazón, erigido el año 1925, en el Alto. Siempre que he subido he visto arriba miembros de la J. C. B. pero, el día 12 del mes de agosto, su número era considerable. Es que ese día se celebraba el aniversario de la Consagración de la República al Deífico Corazón y la J. C. B., queriendo mostrar su amor a su Divino Capitán, acudió numerosa a la Misa que se celebraba en el Alto. Allí antes de la Misa el Presidente de la J. C. B. señor Alberto Laguna Meave, Profesor de Filosofía en el Colegio Nacional, tuvo un hermosísimo discurso, luego se renovó el Acto de Consagración por el señor Obispo de la Diócesis y se celebró la Santa Misa a eso ya de las diez y media. Comulgó bastante gente. No pocos de los romeros y romeras subieron a pie.

Al bajar del Alto los miembros de la J. C. B. volvían entusiasmados viviendo a Cristo Rey, a su Asociación y a los mártires mejicanos. Buenos Aires, 30 de agosto.

ABBA ANDRÉS.

El respeto mutuo, el respeto propio y el respeto humano.

Alguien que mucho estimamos nos ha objetado que hay quienes dan una interpretación demasiado lata a eso del respeto humano: que se inculpa injustamente de respeto humano, por ejemplo, a aquellos que por ignorancia o por modestia, no hacen exteriorización de sus opiniones en materia religiosa.

Creemos que la ignorancia, con ser un mal, y en casos muy grande, puede en otros ser excusa en lo doctrinal, mediando sincera buena fe; y la modestia es una virtud tan loable que nos inclinamos ante ella, por más que creemos que es posible exagerarla.

Pero a todos nos consta que no pasa día en que no nos sorprendamos en flaquezas de ánimo, que no se originan precisamente de aquel defecto ni de esta virtud; son flaquezas que nos inhiben de demostraciones legítimas de nuestras opiniones. Adolecemos de falta de resolución y entereza, y no es la consecuencia menos lamentable de nuestra debilidad que puede ella influir en el ánimo de los que nos rodean en sentido contrario al que, íntimamente, deseáramos.

Porque es el hombre un compuesto de contradicciones, y una de las que más se destaca es la desear la felicidad ajena y no levantar siquiera la mano para cooperar a que nuestro prójimo la logre, en bien manifiestas ocasiones que Dios le depara para ello.

Reflexionemos sobre las actitudes de nuestro espíritu cuando se trata de cumplir con los diversos respetos. Por respeto a nosotros mismos no podríamos dejar de asumir determinada actitud, porque de lo contrario perderíamos ante nuestra propia dignidad el concepto que tenemos de nosotros mismos: es inconcebible renunciar a los fueros que nos hemos creado y otorgado. En cambio si se trata de asumir una actitud semejante, no

en defensa de nuestra dignidad, sino de la de Dios, nuestro coraje anterior se funde de inmediato. Ya no sentimos esa necesidad urgente de coonestarnos. En el primer caso habríamos perdido nuestra propia estimación, y en espíritus refinados eso habría comportado un motivo de seria recriminación a sí propio. Pero con Dios, no: no hay tal necesidad. Se expone uno «inútilmente» a la mofa, a la sonrisa hiriente, y Dios es un Dios benigno que no pide tanto y que perdona con facilidad... Además ¿qué necesidad de mezclar nuestras cosas de todos los días, nuestros negocios, nuestras obligaciones sociales, nuestro intercambio intelectual, con nuestras relaciones con Dios? Cada cosa en su lugar y a su tiempo. ¿No basta acaso con la obligación de oír misa en domingo y con cumplir en Pascua florida?

Esa falta de entereza la demostramos a cada momento: ante toda la escala de situaciones, desde las más importantes hasta las más nimias: desde el acto en que podríamos desagraviar honrosamente a nuestro Dios ante el prójimo, defendiendo una idea, una doctrina, una práctica, hasta el de descubrirnos al pasar por la puerta de su templo.

Comparemos las consecuencias de estas debilidades pusilánimes. ¿Puede acaso medirse, en un católico, la pseudo vergüenza que produce el que algún necio o mal educado se mofe de él, con el remordimiento ante una inconsecuencia con su Criador? ¿Es posible que demos tanta importancia a la opinión ajena, y le hagamos obsequio de la convicción de nuestras ideas? Sin embargo, así es; y aun restando esas ocasiones en que es manifiesta la inconveniencia, porque hacer en ella alarde de nuestras creencias tendrían un efecto contraproducente, bien numerosas son aquellas otras en que nada obstaría y mucho se ganaría.

El espíritu de caballerosidad y de buena crianza nos lleva al respeto del prójimo, y el espíritu cristiano nos ha propuesto el problema de hacer por los demás lo que deseamos que los demás hagan por nosotros. Las enseñanzas de Cristo han entrado de tal manera en nuestra educación que hasta los ateos las aceptan, sin saber explicar o sin querer reconocer su origen.

Y así vemos que por respeto a nuestro prójimo, no se nos ocurriría una infidencia, una infidelidad, ni un gesto siquiera que tradujera desdén o vergüenza de la amistad (hablamos del hombre recto y cristiano, de nobles sentimientos y no del egoísta moderno, superficial y fatuo, que, por lo demás, no sabe lo que es amistad). Cedemos, con toda naturalidad, paso a las damas; nos descubrimos ante el rey, el presidente, el ministro; reconocemos la autoridad de éstos, nos inclinamos ante la gracia y belleza de aquéllas, y nos complacemos en exteriorizar estos sentimientos de acatamiento de devoción, de admiración.

En cambio, en nuestras relaciones con Dios ¡con cuanta frecuencia fallamos! Muy agradecidos somos y nos demostramos para todo aquel quien con nosotros tenga un gesto de amabilidad o de buena voluntad. Pero ¡cuántos somos los que ni siquiera reconocemos los favores que diaria-

mente recibimos, ni demostramos abiertamente nuestro agradecimiento a la Fuente de todos los dones! — B. BOURSE.

Estadística nefanda.

Gracias a Dios va reaccionando el sentimiento público hacia normas de conducta más conformes con la civilización actual, con la conmiseración humanitaria y con el espíritu cristiano, en el asunto de la persecución de Méjico.

La voz augusta del Romano Pontífice, dejándose oír por todos los ámbitos del mundo en acentos de protesta y de dolor ha suscitado en todas partes vivos sentimientos en pro de los católicos mejicanos exteriorizándose las protestas por la persecución inaudita de que son objeto nuestros hermanos de Nueva España, hasta en los mismos Parlamentos en que se ha excitado a los respectivos gobiernos para que en cuanto esté de su parte, intervengan con las autoridades de Méjico a fin de acabar con un espectáculo y unos procedimientos que son la vergüenza y el sonrojo de este siglo.

Para que se vea hasta dónde está justificada esta conducta de intervención que se pide, insertamos, tomando fielmente los datos de un periódico de Montevideo, la siguiente estadística:

«Al terminar el año 1927, dice *El Demócrata* en su número 419 de la segunda quincena de febrero último, Plutarco Elías Calles podrá presentar ante los ojos de pueblos y gobiernos atacados «de la parálisis de la complicidad» este macabro y espeluznante balance:

186 sacerdotes asesinados.

74 jóvenes de la A. J. C. M. asesinados.

80 hombres, mujeres y niños asesinados.

7.000 personas de toda edad y condición encarceladas, vejadas y sujetas a atroces suplicios.»

El suicidio en los Estados Unidos.

Para los espíritus superficiales que no ven sino lo externo y llamativo de las cosas y de los hechos, la prosperidad material de los Estados Unidos con sus dólares, sus rascacielos y sus empresas colosales, es un signo bien patente de su bienestar y de su progreso en el concierto de las actuales civilizaciones.

Sin embargo, para formarse idea exacta de su altura moral y del grado de espiritualidad que distingue a los pueblos, hay que adentrarse a estudiar lo que constituye la médula del verdadero progreso y de la verdadera civilización, su estado moral y religioso, base de toda prosperidad real y positiva.

Con referencia al caso concreto de los Estados Unidos, recogemos hoy las conclusiones de un estudio hecho por el P. Prenay, O. P. que ha realizado con toda profundidad en el problema que el suicidio plantea a aquel gran país.

Según las estadísticas se producen allí durante el año un promedio de 10.000 suicidios. De ellos hay más de hombres que de mujeres, más de gentes divorciadas que de casadas, más de protestantes que de católicos.

He aquí confirmado una vez más el valor social de la religión católica con la fuerza avasalladora de los hechos revelados por las estadísticas.

El catolicismo es el que verdaderamente tiene el secreto de hacer al país estadounidense real y positivamente admirable.
